

“Cuerpos y Emociones: Castigos, Miedos y Segregaciones Racializantes”, del Grupo de Trabajo 26 de ALAS”

## **“Encarnación y territorialización del miedo en las periferias metropolitanas de la desolación”**

Alicia Lindón<sup>1</sup>

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, Ciudad de México  
alicia.lindon@gmail.com

El Grupo de Trabajo nos reúne en torno al tema del cuerpo y las emociones. Este panel del GT especifica una lectura del cuerpo y las emociones a la luz de los castigos, miedos y segregaciones racializantes. En este caso, esa especificación se considera con relación al miedo en el contexto de las periferias metropolitanas de la pobreza y la segregación<sup>2</sup>, y específicamente del oriente de la ciudad de México.

Cuando nos referimos a las periferias metropolitanas pobres suele dominar la perspectiva de que todas las conocemos: tanto los estudiosos de las ciudades, como también por nuestra experiencia como habitantes de la ciudad en general. Ello no es ajeno a la amplia circulación de imágenes de diversas periferias pauperizadas, que suelen dejarnos la impresión que no hay muchas diferencias entre ellas aunque sean parte de la ciudad de México, de El Cairo, Lima, Buenos Aires... (Davis, 2004). Sin embargo, acercarnos a ellas a través de los sujetos-cuerpos que las habitan supone ir más allá de la apariencia dada por las formas materiales y aproximarse a la experiencia de habitarlas.

Por sus formas espaciales, estas periferias suelen calificarse como “territorios de la desolación” ya que siempre remiten a la que remiten es la “falta de”. Y lo que falta se asocia al dolor o aflicción por la carencia. Esto es más notorio en las grandes ciudades porque han devenido en el territorio por excelencia de la cultura del acopio de bienes, de objetos, pero también del acopio de contactos interpersonales, de conocidos, de relaciones sociales, de información, de poder...

Esta concepción del territorio periférico en términos de desolación refiere al dolor y la tristeza, aparentemente generados por las carencias. Sin embargo, desde la experiencia de los habitantes suelen emerger matices. Así por ejemplo resulta que la desolación no se debe necesariamente a las carencias. En ocasiones, para algunos habitantes, la desolación parece proceder de la objetivación del miedo, la agresión y la victimización en el territorio mismo. A ello lo denominamos experiencia espacial del miedo.

De esta forma, la presentación aborda primero los tipos de miedos periféricos. Y en la segunda parte la encarnación del miedo y su simultánea objetivación espacial. Por último se presentan unas reflexiones finales.

### **1. Miedos y espacialidades**

---

<sup>1</sup> Profesora-Investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Campus Iztapalapa, Ciudad de México, en el área de investigación de Sociología de la Cultura y en el Cuerpo Académico Espacio Social de la Ciudad. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT). Doctora en Sociología por El Colegio de México. Maestría en Estudios Urbanos por El Colegio de México y Licenciada en Geografía por la Universidad de Buenos Aires.

<sup>2</sup> El caso que nos llevó a explorar el asunto son las narrativas de los habitantes de la periferia oriental de la Ciudad de México, integrada al área metropolitana en la segunda mitad de los años setenta. a partir de fraccionamientos irregulares de tierras, en ese momento de uso rural. El acelerado crecimiento que experimentó allí la urbanización ha llevado a considerarla como el paradigma de las periferias de la ciudad de México de los años ochenta-noventa. Actualmente alberga a más de medio millón de habitantes.

---

El miedo suele asociarse y fundirse con la violencia. La violencia se constituye de prácticas y por lo mismo se ejercen, se actúan; en tanto que el miedo se siente. En la vida cotidiana se presentan asociados, aunque no de manera simultánea. Puede ejercerse la violencia sobre un sujeto, sin que ello le haga experimentar miedo. Y también puede ocurrir que un sujeto sienta miedo sin que se haya ejercido la violencia sobre sí en ese contexto.

Existen diferentes formas de miedo, pero analizamos una en particular, muy extendida, como es el miedo que se siente en relación con los “otros”. Este miedo se encarna en quien lo experimenta y también se espacializa, es decir, se objetiva en el territorio. Por ello, es un miedo que se puede entender a partir de lo que Denis Duclos (1995) denomina la “metáfora del miedo como amenaza exterior”. Este autor –pensando el tema desde Europa– lo asocia con el mito de la *Odinsjagt* o la *Chasse de Odin*<sup>3</sup>. Básicamente esta metáfora expresa el miedo que invade a una persona a partir de corporalidades nocturnas que circulan y atraviesan su espacio circundante, entendido como un espacio abierto. Duclos (1995) contrasta esta forma de miedo con otras como el que la persona siente en un recinto cerrado (como los castillos medievales, un recinto del cual la persona no puede salir). Otra expresión es el miedo que nace de la interioridad del sujeto, de sí mismo.

El miedo como una amenaza externa en un espacio abierto puede entenderse como una forma de metabolizar el sentido del riesgo y la experiencia de la propia fragilidad frente a las estructuras sociales. La “metabolización de la alteridad” (Bellasi, 1985) es un recurso con el cual el imaginario le da un lugar, un sentido y una interpretación al otro, al acontecimiento, a lo desconocido, a lo diferente. La asignación de un lugar en un acervo de comprensión del mundo es un proceso simbólico y que tiene su expresión en las “retóricas”, es decir en los discursos, los relatos, las lógicas, las narrativas, los mitos, con los cuales los individuos interpretan al otro y al mundo y en consecuencia, actúan” (Lindón, 2000:10). En el caso que nos interesa, se trata de darle un sentido al otro desconocido que deviene en otra corporalidad con quien se puede producir un encuentro en el espacio abierto de esas periferias sin límites. Para que los lugares lleguen a constituirse en territorios del miedo es necesario que medien ciertas prácticas violentas, como por ejemplo sufrir una agresión o intento de agresión, o bien acceder a narrativas sobre la violencia.

Así, aunque la experiencia del miedo construye recintos de sentido dentro del espacio abierto (fragmenta simbólicamente el espacio abierto), el anclaje espacial del miedo es “flotante”: está “dentro” de la experiencia de habitar el lugar y al mismo tiempo, algunos elementos materiales asociados al miedo son externos a la experiencia y por lo mismo, evidentes y visibles: Están “fuera” de la experiencia y objetivan el miedo en el territorio.

## 2. El miedo: entre la encarnación y la objetivación espacial del miedo

La territorialización del miedo en las periferias excluidas se contextualiza al menos, en dos horizontes amplios de sentido. Uno es la profundización del sentido del riesgo y de fragilidad social: usualmente, los habitantes de estas periferias tienen trayectorias biográficas en las cuales van superponiendo distintas formas de exclusión socio-espacial y precariedad (Lindón, 2003). El segundo horizonte es el

---

<sup>3</sup> La *Odinsjagt*, o la cacería de Odin, es parte de la mitología escandinava y también germánica. Las diversas versiones casi siempre coinciden en destacar el deambular veloz y constante –como búsqueda perpetua– del dios Odin durante las noches. En las Américas se pueden mencionar distintos mitos que encuentran puntos de acercamiento con la *Odinsjagt* aun cuando no haya habido un dios Odin. Esas coincidencias son las incursiones nocturnas, el sentido del miedo asociado a éstas y la amenaza de la muerte. Algunas versiones podrían ser las distintas formas de “nahualismo” en México y Mesoamérica, los “*skinwalker*” en los Estados Unidos o, la “luz mala” en el Cono Sur de Sudamérica. Un aspecto que se podría analizar, es que en los mencionados mitos europeos, parecería que las extrañas figuras que amenazan suelen aparecer de manera colectiva, como comitivas (la Cacería Salvaje, la Santa Compañía de Galicia, los *Herthelings*...), mientras que en “las” Américas casi siempre son figuras (fantasmas) que se presentan de manera individual.

---

florecimiento y la difusión del sentido de inseguridad, objetivado en discursos que circulan en las grandes ciudades y no sólo en las periferias. Y estos discursos se encarnan, se experimentan corporalmente, casi siempre en aquellos sujetos que llevan consigo numerosas fragilidades sociales, como sucede en ocasiones con las mujeres.

En estas periferias pauperizadas circulan discursos que configuran territorios del miedo a través de la articulación de tres elementos: el miedo encarnado en el propio cuerpo, la otra corporeidad que acecha y la territorialización del miedo. La relación entre los tres núcleos genera una dialéctica (Soja, 1996) discursiva que retroalimenta y fortalece el miedo y la inmovilidad que lo acompaña. En esa dialéctica se mueven dos tensiones. Por un lado, está la tensión entre la concepción de la otra corporeidad como agresora y generadora de miedo, frente a la concepción del propio cuerpo encarnación del miedo. Por otro lado, se dibuja otra tensión entre la concepción de la otra corporeidad que acecha y el territorio que la enmascara y también agrede.

### *2.1. La tensión entre la concepción de la otra corporeidad y la propia a través del miedo*

El otro es concebido como un agresor solitario, aislado y masculino. Esta concepción del otro, si bien se funda en experiencias propias y también de otros que han sido narrativizadas, al mismo tiempo se relaciona con la forma en que la persona se concibe a sí misma. El otro representa al agresor generador de miedo, frente a un sí mismo frágil y vulnerable que encarna el miedo. Por ello, el miedo es concebido como algo que llega desde el exterior, desde el entorno espacial del sujeto, pero penetra en el propio cuerpo.

Otra característica que se le atribuye al otro es el deambular por las calles, particularmente durante la noche. Esto resulta relevante sobre todo porque en este tipo de periferias pauperizadas suelen existir sujetos colectivos (por ejemplo, diversas bandas y pandillas juveniles) que llegan a tener comportamientos violentos, constituyendo en ciertos casos bandas delictivas. Incluso, su presencia se plasma en marcas físicas en el paisaje, por ejemplo *graffiti*, pintas y demás inscripciones: A pesar de la presencia de estos sujetos colectivos, resulta significativo que el sentido del miedo se instaura, flota, circula en la periferia y se materializa en diferentes individuos solitarios que se desplazan.

La asociación del otro agresor y generador de miedo como una corporalidad que deambula, se mueve, se desplaza, contribuye a fortalecer la ubicuidad del sentido del miedo. Por otro lado, la condición móvil de la otra corporeidad que acecha, no sólo hace flotante y ubicuo el miedo, sino que también introduce la apropiación y control del territorio para acechar y ejercer la violencia.

Esta tensión entre la otra corporeidad que acecha y la propia dominada por el miedo también reconoce dos anclajes en la subjetividad social, en principio de orígenes independientes uno de otro, aunque funcionan interrelacionadamente: Por un lado, esta tensión muestra relación con leyendas y mitos presentes en el imaginario local, más que con fenómenos sociales locales (como las bandas y pandillas). Por otro, esta tensión también parece vinculada a la cultura del individualismo. Así, esta tensión entre otra corporeidad generadora de miedo y la propia corporeidad dominada por el miedo se tiñe con lo mítico y con el individualismo.

El matiz individualista se cristaliza en la noción de que el encuentro con esas otras corporalidades agresoras es un problema del individuo –habitante– que tenga ese encuentro y que debe enfrentarlo de manera individual, no es visible para otros ni tampoco es concebido como algo social. Simplemente, es representado como la maldad de algunos individuos solitarios.

La dimensión mítica le da una fuerza enorme a esta tensión en términos del imaginario local, ya que el otro peligroso que representa la generación del miedo adquiere un sentido sobrenatural por lo cual se presenta como inevitable e incontrolable. Frente a esto, la corporeidad acechada solo puede intentar huir o emprender una heroica lucha individual.

### *2.2. La tensión entre la concepción de la otra corporeidad y la territorialización del miedo*

Esta otra tensión incluye a la anterior a través de la otra corporeidad, pero integra el entorno espacial en el que el miedo de objetiva. Ahí radica su carácter dialéctico. Esta tensión está fundada en la noción de complicidad, con la particularidad de que es una complicidad “naturalizada”: Los otros solitarios y peligrosos cuentan con la complicidad de la configuración espacial.

La configuración espacial son las formas materiales que integran ese territorio. Y dicha configuración es representada como una serie de obstáculos sucesivos y encadenados para el sujeto-cuerpo que experimenta el miedo. Al mismo tiempo, las formas espaciales-obstáculos se constituyen en los cómplices de la otra corporeidad que acecha. Las complicidades entre la corporeidad que genera el miedo y las formas espaciales tienen la capacidad de “naturalizar y territorializar el miedo”.

Los principales elementos de la configuración espacial que van a contribuir en la construcción de los paisajes del miedo son: el lodo, los encharcamientos, la oscuridad, los animales “de la calle”, la extensión territorial, la apertura espacial, la estrechez de algunos lugares, los espacios “vacíos”, entre otros.

El lodo es un elemento siempre presente en las periferias pauperizadas porque es expresión misma del proceso de urbanización inconcluso. En el caso de la periferia oriental de la ciudad de México es un elemento fuerte del paisaje local ya que se trata de una zona en la que coinciden dos rasgos constitutivos del lodo: Un terreno plano que resultó de la desecación de un antiguo lago y por lo mismo propenso a inundaciones por retener el agua de lluvias en la superficie; y la concentración de las precipitaciones en una estación del año (el verano). No obstante, la expansión de la urbanización (y la pavimentación consiguiente) viene “acorrando” al lodo, sin que por ello se lo pueda considerar pasado. Actualmente, el elemento lodo (“el lodazal”<sup>4</sup>) en la memoria espacial de los habitantes tiene más fuerza que en la realidad. El lodo no representa el miedo, pero si un cómplice de las corporeidades agresoras, entonces indirectamente es asociado con el miedo. Los encharcamientos llegan junto con el lodo y las precipitaciones: el agua de lluvias (lo natural) se almacena, se estanca, en las calles y hondonadas diversas. Para el paso del transeúnte tampoco representan miedo, pero si un obstáculo que suele otorgarle ventajas al agresor.

El lodo suele tomar el sentido del sacrificio femenino por la incomodidad cotidiana que trae consigo. Pero también suele concebirse como algo que fragiliza al propio cuerpo, porque lo hace más vulnerable frente a los ataques de las corporeidades agresoras. Por eso, el lodo se torna cómplice del agresor, al retener a la víctima en el lugar de la agresión.

La oscuridad resultado del ciclo entre lo diurno y lo nocturno también juega un papel importante. La oscuridad recrea el espacio con una fisonomía peculiar, y sucede con una regularidad cíclica dada de manera “natural” y “externa” a los habitantes, y con una duración que se prolonga en un tiempo conocido y suficiente como para que los “otros” puedan realizar una apropiación cíclica y regular de las calles.

Los espacios vacíos que resultan de terrenos no ocupados aun con viviendas (terrenos baldíos) se presentan como una configuración espacial que también se hace cómplice de las corporeidades amenazantes. Estos espacios vacíos se presentan como un horizonte difuso que se extiende sin límites claros.

Estos “lugares vacíos” son identificados como un signo –colectiva y indudablemente reconocido- de que allí “es posible” que se sufran agresiones físicas. Los lotes baldíos en zonas periféricas de baja densificación de la ocupación devienen formas espaciales siempre presentes y lo vacío permite el ocultamiento de las otras corporeidades que acechan. Esta simbolización del predio baldío enlaza la presencia “ineludible” del baldío<sup>5</sup> con el hecho de que allí se oculten agresores, al amparo de la

---

<sup>4</sup> Así se lo nombra, haciendo referencia a un espacio amplio en donde el lodo es abundante.

<sup>5</sup> Lo ineludible deriva del propio proceso de urbanización irregular, que en esencia supone la ocupación progresiva de tierras rurales para uso urbano.

---

invisibilidad parcial que dan los objetos que allí se acumulan como la basura y deshechos variados. Al unir a través del sentido ambos aspectos, el segundo término -el ocultamiento de los agresores- incorpora un rasgo del primer término -la presencia de los baldíos- que es su carácter inevitable, lo que “naturalmente siempre va a ocurrir” porque la urbanización aun no termina de consolidarse. Así, en esta trama de sentido, la causa última de las amenazas para los sujetos-cuerpos que por allí transitan resultan ser los espacios vacíos y no lo agresores. Esta construcción de sentido trae consigo una conducta esperada socialmente en quienes experimentan la amenaza por parte del “espacio vacío” (no por el cuerpo agresor): Se espera que circulen rápidamente, que no se detengan allí y que sepan que – aun con las anteriores advertencias- allí sus cuerpos pueden ser objeto de diversas agresiones físicas y emocionales. Se naturaliza el peligro y así se asume su constante presencia. En suma, los espacios vacíos son una configuración espacial que al ser dotada de ciertos significados contribuye en la construcción de territorio periférico del miedo.

Las extensiones espaciales a recorrer pueden considerarse como el reverso de los espacios vacíos. No se definen como lugares concretos o un *locus* (como lo vacío), sino desde la perspectiva del movimiento de los cuerpos, que en este caso se materializa en la caminata del transeúnte.

Las extensiones a recorrer constituyen un obstáculo para los cuerpos que sienten el acecho y la amenaza en sus cotidianos desplazamientos. Simbólicamente alejan y demoran la llegada a un “lugar seguro”, como la casa o el medio de transporte. No obstante, ni la casa ni el transporte son lugares seguros, ya que en ellos esos cuerpos amenazados también suelen ser objeto de violencia.

A lo anterior se suma otra circunstancia: esas grandes extensiones espaciales que deben recorrerse cotidianamente son territorios con “obstáculos” que integran más dificultades en los desplazamientos: Están pobladas de cuerpos masculinos que acechan, de lodo y encharcamientos, de oscuridad, de basura y deshechos diversos. Y todos esos obstáculos adicionales también devienen en cómplices de las corporalidades amenazantes, al ocultarlas o hacerlas parcialmente invisibles.

La estrechez de algunos lugares como ciertas calles angostas, también es representada como una configuración espacial que obstaculiza las posibilidades de huir del acecho de las otras corporalidades. Aunque la apertura espacial extensa le resta seguridad al transeúnte, es relevante que la configuración espacial cerrada (la estrechez) también moviliza el sentido del miedo. Así, la estrechez espacial también deviene en cómplice de la otra corporalidad que acecha. En otros contextos se ha observado que es algo propio de la vida urbana y del *homo urbanus* la tendencia a sumergirse en los espacios laberínticos, incluso como expresión de sabiduría pero también de la complejidad de la ciudad. Es relevante, que en los discursos que construyen los territorios del miedo, lo más próximo al laberinto serían las calles y espacios estrechos, pero antes que laberintos de la aventura, resultan significados como lugares de la emboscada.

En el proceso de construcción social del miedo encarnado y territorializado juegan un papel central la memoria y el lenguaje. La memoria del miedo espacializado y corporizado no es una simple rememoración anecdótica de algún suceso. Su papel es más complejo ya que lo vivido es procesado por la persona, resultando un esquema con el que se orienta y actúa en el mundo cotidiano. Así, la persona en la que el miedo se ha encarnado llega a configurar sus prácticas actuales y aun las futuras, de la mano de esos esquemas que elabora la memoria. La memoria de lo vivido y los discursos sobre lo vivido tienen implicaciones en las prácticas de los habitantes: Lo que se hace –o se deja de hacer- no es ajeno a lo que se ha almacenado en la memoria personal y local ni a lo que se dice.

El lenguaje también cumple un papel importante, junto con la memoria, porque construye narrativas que circulan localmente y en ocasiones traspasan los límites de lo local. Estos discursos objetivan el miedo, le imponen formas espaciales y corporales, y terminan siendo apropiadas socialmente.

La componente mítica que se entrelaza en esta territorialización del miedo también juega un papel importante: Contribuye a “desplazar” el sentido del miedo desde el ámbito de lo social y lo político hacia el de lo sobrenatural y las creencias. Este desplazamiento del sentido es decisivo para

---

obstaculizar y demorar cualquier replanteamiento de lo que puede ser el espacio público y el miedo. Esto muestra un proceso sutil e implícito de “vaciamiento socio-político” de la relación corporal con el espacio público.

Así, la encarnación y espacialización del miedo parece alejar la posibilidad de conquistar el espacio de las calles de las periferias metropolitanas pauperizadas como lugares habitados por diversos sujetos-cuerpos para “estar” en ellos. En cambio, se reducen a lugares controlados por ciertas corporalidades que ejercen la violencia. Este proceso por el que las calles periféricas se afianzan como espacios circulatorios del miedo, ampliamente extendido en las periferias excluidas de muchas ciudades latinoamericanas, permite preguntarnos si existe alguna posibilidad para la vida urbana como fenómeno colectivo, en estas condiciones. Así, la fuerza de la encarnación y la espacialización del miedo, radica en que una vez configurado en la subjetividad colectiva, moldea la vida social con un sesgo de pasividad y aceptación, exagera el individualismo y gracias a la inclusión de la dimensión mítica, lo vacía de contenido social y político.

---